

# Venezuela, una calle ciega

Alfredo Armas Alfonso

**La memoria se empecina en reponer en el horizonte humano lo eliminado por los amos del país. Nada contra corriente, se abre paso a manotazos en el tiempo ajeno hasta anudar con la advertencia desoída y la expropiación consentida. No es un discurso abstracto sino un testimonio tan personal que se vuelve paradigmático, un dolor tan ingrímico que se yergue contra el tiempo convocando a ese cúmulo de dignidad soterrada que sigue dando peso al país, dando la palabra a tantos venezolanos que viven como extranjeros en la tierra en que nacieron porque esto que vige no los expresa. Pero que viven. "Una raza buena (que) ama, sufre y espera".**

Frente al motivo de esta preocupación al borde del naufragio inminente, se nos ocurre invocar la desconsolada letanía con que el cura de la iglesia parroquial de Caracas Vicente Echeverría despidió al pie del cadalso a su amigo de la infancia José María España. "...Dejadme llorar como David al nuevo Absalón..." El cuerpo del mártir penderá de un árbol funesto. Aquí lo que se despeña es la conciencia del ser nacional y el entorno suyo de un viejo solarón desmantelado; una vieja cosa de antes derruida, una palabra primordial que nadie repite, el eco de una conversación, una música, un sonido de lo que nos es propio (como la esquila de un arreo) que se apaga en el desierto.

Debemos regresar por fuerza a la población de Caripito de 1938, en lo que fueron, días más, días menos, los orígenes de la enorme riqueza. Este sitio sobre el río San Juan que habían dado en llamar Caripe del horno, por oposición al otro Caripe del clima frío sobre la alta cima montañosa del interior, y al que no podemos imaginarnos como no sea un pie de colina encharcado en asfalto que la Standard regalaba a pedido del secretario de la jefatura para hacer posible el tránsito automotor de los vehículos... de la compañía y combatir el anófeles. No cabe equivocación si referimos que el entonces incipiente municipio Colón aposentaba un inmenso prostíbulo domiciliado en pobretonas viviendas de cinc, tabla y barro suspendidas en un tortuoso borde geológico en declive y sobre cuyo plano se desarrollaron los campos senior y junior staffs que alojaban el personal técnico y administrativo, en su inmensa mayoría norteamericana (y tejano); el centro poblado nacional crecía en aquella como uña escasa orillando el cauce sobre el río en un extremo, las ciénagas recuperadas, y una vertiente, la oeste, de los meandros naturales de la hidrografía regional. Sobre ese filo escueto e inestable se asentaba, a la salida del camino de Maturín, el cementerio, tristes palos de cruces entre el monte siempre crecido, y a un extremo, el lenocinio de Esmol. En la callejuela que partía de esta encrucijada, hasta la iglesia regalo de Mr. Proudfit, a medio camino, el hotel La Suisse de Dincko Martich, frente al cine Princesa, el correo en un local de esquina de techos crujientes; en donde quiera los bazares de la turquería formando un cielo frontero a los aleros de la

construcción provisional y de donde descendían, en heteróclita exhibición, desde aquellos burdos botines confeccionados de cuero amarillo de alabada artesanía carupanera, que se vendían a veinte bolívares, un flux de casinete de pobre hechura y un cobertor de enormes rosas rojas. Más que en moneda venezolana, la tasa prevaleciente optaba al reclamo del conspicuo cliente gringo, y se expresaba comúnmente en un tueni bis hecho lengua-convenicional entre invasores e invadidos, terminacho además extensible a las diversas modalidades del comercio local, bien fuera el acceso a un cuarto del placer, un corte de tela americana, un cartón de cigarrillos luqui, una camisa hecha en Singapur o un sombrero manufacturado con paja de arroz en una isla del mar de la China, todo ello y la mantequilla Braun y el Toddy de origen puertorriqueño, de probable contrabando o hurto de un almacén del comisare sólo permitido al personal enlistado.

Quienquiera podía subir a los tanqueros de cualquier bandera, mientras cargaban en el terminal, y adquirirlo que a bien tuviera —o pudiera— de las atestadas bodegas, desde una cámara fotográfica hasta una arma de fuego. Acaso por estos regalos de ricas y exóticas esencias provenientes del equipaje de un pundonoroso y rechoncho cocinero asiático del Frederic R. Kellogg, anclado entre el manglar, era que sabía a lo que sabía la cocina del chino Alberto. Circulaba con exceso la divisa en papel con los retratos de los estadistas de EE.UU. La Standard pagaba con billetes del más alto monto al personal de ministerios y oficinas públicas estatales, y la justicia que impartía el juez del crimen no se determinaba por la lectura del código civil sino de la norma que tenía a bien decidir un jefe de seguridad de la compañía. Se bebía agua traída en gabarras desde el río Hudson y se consumía céleri transportado por avión en cajas de marchamo de California. Fomentaba una rencorosa envidia al criollo que para tener que entrar al negocio de Esmol sólo valiera una piel colorada, el pelo catire y los ojos azules.

Recuerdo nuestro de un paseo dominical al terminal de Caripito resalta la imagen de un antigua siembra guaraúna de la que despojaron a sus dueños nativos, ahora alambrada, en que dentro de un charco de

petróleo derramado lucía una cepa del ropocho o zumbí de nuestro oriente, doblegada por una insólita carga en sazón. Lo invocamos como símil de una situación en que se cree que ha perecido la raíz de una conciencia o una serie de probabilidades de donde resalta la mengua de lo propio de un pueblo o un país, algo así incoercible como la voluntad que surgió de entre la sangre derramada de José María España, sobre la que el hijo iza la bandera de Miranda. Esa latiente alma de la esperanza de algún día del porvenir en que este pueblo estuvo creyendo inmemorialmente.

Dos grandes guerras mundiales no mellaron las glorias de Francia, no vulneraron el alma inglesa, no quebrantaron el orgullo alemán. Venezuela, en cambio, debido a la cuantía de sus yacimientos de petróleo, y sólo por ello se infiere, lo que para otras comunidades pudo significar el aliciente de una dinámica económica y social, de un impulso renovador del desarrollo, qué no ha perdido, a medio siglo de aquel Caripito tomado por el extranjero, ocupado por el otro amo ante un coro de desleales. Ese mismo espectador siente mecerse debajo de sí un barco escorado, abandonado ya por su tripulación huida por el miedo, que entrega como nombre un borroso trazo, aquél de Venezuela, que le impuso un desatino de la historia.

A medio siglo ni siquiera completo de aquel Caripito de las trastiendas de Esmol, cuya mercancía renovaban los aviones contratados en Trinidad o Panamá con estricta regularidad periódica, qué se mantiene indemne, qué no ha sido socavado. A apenas cuatro décadas de cuando Arturo Uslar, detrás de un proscenio armado para esa ocasión en el Club Venezuela, hizo la advertencia de reclamo a una dirigencia de influyentes accionistas del comercio, la industria y la banca, el gobierno y el ejército, para emprender, con la premura del caso, la siembra de ese petróleo, o de lo contrario, ver convertirse el país en un cementerio de automóviles destruídos y cajas despanzurradas. El joven aquél de Caripe el horno estaba entre el público con un carnet de la revista "Elite", oyendo la profecía.

Qué no nos hemos propuesto barrer: ni la casa de Bolívar ni la casa de Bello ni la casa de Miranda ni la casa de don Simón Rodríguez merecieron ser respetadas. No ha habido construcción civil, religiosa o militar del pasado que no hayamos hecho de nuevo o reconstruido o reparado o remodelado... o tumbado, con pretextos como los que tinterillos de unas supuestas oficinas de prensa y relaciones públicas inventan con el pretexto de un progreso nacional o una adecuación a las necesidades del cambio moderno. Así ocurrió cuando el tractor embistió la casa del Colegio Chávez de Caracas o torpes obreros de una contratista de alguien beneficiado del compadrazgo oficial cayeron sobre los tejados originales de la iglesia de Clarines.

Predomina con la violencia propia de una peste de langostas del prurito de no parecernos a nosotros mismos, ni a cualquier pasado, así el lustre se identifique con la memoria de un abuelo de La Independencia o de sembradores de café de Los Andes o de pastores y ordeñadores de El Llano. Qué indios ni qué carajo: a los grupos guajiros del occidente, a los caribes de las mesas nororientales y a las naciones ancestrales de Amazonas y Delta Amacuro sólo les reservamos prostitución, trato despótico, ostracismo y persecución; cotos de caza de aventureros y desalmados inescrupulosos —hoy como ayer— son sus territorios y dominios.

Qué de los cultores del alma musical de este país, qué de Pablo Canela, qué de Angel Custodio Loyola, qué del Indio Figueredo o de El Gabán Tacateño, herederos de los más sinceros de la auténtica inspiración musical del pueblo. Cierta juventud influida por el negocio del espectáculo (el cine, la televisión, el cassette, el disco) en cambio sólo tiene ojos —y cintura— para ese travestismo que va del híbrido glandular al robotismo cultural industrial. Hasta en la clase de historia patria, cuando se da, se discurre sobre las versiones fáciles o adulteradas o simplificadas a tal punto que ni el país es ese escenario de la futilidad ni el protagonista la corporeidad de los valores de una sociedad o unos antecedentes de lo formativo esencial. Pero sí llegamos al extremo de adoptar como texto de historia patria la versión fraudulenta de una biografía de un jefe realista de los años trágicos de 1810, mientras que a Teresa de la Parra hay que abreviarla en un digesto lo más sucinto posible, a riesgo de repugnarla; no hablemos de Rómulo Gallegos, autor de libros "thriller, pero lo que se dice thriller".

La lengua también rodó contusa en esta tragedia de la reconquista, en que ganan el Píter, el Yéral, el Güilian, Güili o Güil, la Briyi, el Fredi, el Yöni, el Máiquei, el Gregori, el Eduar, la Márgare, El Rónal, el Yiovani, y esos injertos de nombre paterno, materno y adláteres, tipo Luimarra, Joconrrope o Zufezoi. Y bueno, ochey, chao, lonplei, disyoqui, mayami, chor, brúqluin, güestinhaus, fili, jí, pesi, sánguiche, jámbergue, ah vaina, broder. Los arqueólogos del futuro no acertarán jamás ninguna interpretación de estas escrituras del desatino y la inconsciencia, ni expondrán su infusa ciencia al descubrimiento de esa latería de la escenografía del horror que el doctor Uslar entrevió en su conferencia del Club Venezuela.

\*\*\*

El espectador del primer desembarco en Caripe del horno no se lamenta de que el mercado de Mérida que produjo la emoción de un humanista como Mariano Picón Salas (aquel "Viaje al amanecer" de donde emanan ¡todavía! aires de mentas del páramo y de sabrosos fritos de la cocina andina) lo haya destruído, no el último incendio provocado ya se sabe por quién, sino una circunstancia que ya lleva medio siglo penetrando como vil virus el alma del venezolano. No llora, con llanto tomado prestado de los indignados discursos sobre la identidad nacional y el nacionalismo, de Mario Briceño Iragorry, la conversión del aquí nacido en esa máscara del carnaval ajeno, a este suelo en parcela de la buhonería, a este espíritu en fioña repugnante.

Se extraña con estupor, con ira verdadera, como la que no dejó de zaherir el amor a ratos ciego de Aquiles Nazoa por su pueblo, de que sea un forastero sobre su misma tierra, un extraño sujeto desarraigado que no habla la lengua de los demás, que ni tiene los mismos hábitos ni los valores de ellos, y que por último hable de otro tiempo que no se corresponde con las banalidades y soserías de que ufana el río de gente que ha hecho huir hasta el caballo del símbolo.

Cuando Paul Valéry aludió a la infortunada generación —la suya— trastrocada por pavorosos sucesos aludía a los procesos de cambio de este siglo. No era ni es nuestro caso. No va a serlo nunca.